

anuales procedentes del Monte de Piedad y fue precisamente el Sr. Castillejo en la sesión de 4 de diciembre de 1980 quien se comprometió a conseguir este aumento y así mismo a que el Monte corriera con el sufragio de los gastos de la luz, agua, teléfono, etc. En la actualidad esta ayuda alcanza la cifra bruta de un millón de pesetas, con la que se han atendido los gastos ocasionados por la Entidad principalmente de servicios públicos (agua, luz y teléfono) y de los mencionados sólo viven el primero y el tercero, y éste último sin ostentar el cargo de Consejero, por haber expirado el mandato reglamentario.

En resumidas cuentas: en poco espacio de tiempo se había conseguido una aspiración larvada durante largas etapas. Una nueva época de prosperidad se abría de partir de este momento. La Academia cobraba nuevos aires con su autonomía y quedaba patente el apoyo financiero a la Corporación por la Comisión de Obras Sociales del Monte de Piedad.

La década de los 80 está a punto de concluir. En la misma puede afirmarse que la situación se ha mantenido casi invariable. Por eso creemos con absoluto convencimiento en la necesidad de suscribir un nuevo convenio más amplio de colaboración cultural con la Obra Social del Monte, que lleve a un texto escrito lo que hemos visto palpar en el ánimo de todos, un convenio que abarque distintos aspectos, comprensivo no sólo de una mayor dotación económica que permita afrontar los diferentes gastos de mantenimiento, sino también la propia rehabilitación del edificio. Se trata de concienciar al Monte de Piedad sobre la importancia de su mecenazgo, que ya tuvo virtualidad en 1980, mediante la firma del documento al que se ha hecho referencia y en el que especificaba la ampliación de esta ayuda, de la que recientemente ha tenido conocimiento y ha asentido la Asamblea General celebrada en el pasado mes de abril. Y este es nuestro reto: pedir humildemente que los acuerdos se cumplan, que no se escamoteen los propósitos, que a nadie frene las buenas intenciones que abriga el Presidente del Consejo de Administración del Monte de Piedad, Sr. Castillejo, porque una institución y otra, Monte y Academia, o Academia y Monte son una misma cosa, son la Córdoba que se desgrana día a día entre los arcos milenarios de su universal Mezquita.

Manuel PELAEZ DEL ROSAL

EL MONTE

Ya habéis oído las coincidentes intervenciones de los señores académicos, elocuentes muestras de elogio a la labor de alto y constante mecenazgo que el Monte de Piedad y Caja de Ahorros

de Córdoba viene desempeñando en la cultura cordobesa; como este mecenazgo, como este patrocinio de la cultura es de tan amplio y generoso espacio, han hecho muy bien los oradores que me han precedido, y distribuyéndose por parcelas, el elogio, ya que no es labor de uno solo, no digo pormenorizar, sino tan siquiera inventariar, el volumen de la ingente aportación que esta institución tiene en su haber, patronazgo a las Ciencias, Bellas Letras, y Nobles Artes, de cuya amplia generosidad es muy destacadamente beneficiaria la institución académica donde nos encontramos.

Pero, no es de este aspecto tan importante y que tan alto pone el nombre del Monte de lo que yo quiero hablar, sino del nombre mismo de la institución. Del nombre, conservado a través de los tiempos, porque, si posteriormente se le ha añadido el de "Caja de Ahorros", por razones muy dignas de tener en cuenta, aún se mantiene el nombre del "Monte", institución enraizada en la modesta economía de gentes que, en determinados momentos de escasez y penuria, encontraron en su ayuda, el medio de liberarse del sórdido prestamista, del rapaz usurero y del avisado favorecedor.

Las instituciones son populares por su arraigo entre la masa del pueblo. Una institución no se populariza en un corto espacio de años, hace falta que sea conocida por generaciones, que baste decir su nombre, reducido a una o dos palabras, para que tengamos una idea exacta y completa de aquello a lo cual el nombre se aplica. Para el pueblo, para las gentes modestas y a veces no tan modestas, o al menos, no muy públicamente modestas, el nombre de "el Monte", bastaba y sobraba pero, había un nombre propio detrás, un nombre propio, que a las gentes no decía, mucho aquello de "Monte de Piedad del señor Medina", resultaba o resulta algo distante, porque, aunque haya quien sepa más que de sobra, quién era el "señor Medina", pudiera parecerles, el funcionario que los atendió y al que sin duda, aplicándole, por error el nombre del benéfico fundador, hubieron de estar siempre agradecidos. Las gentes sencillas, que fueron los primeros beneficiarios de la labor generosa del Monte, relacionaron poco el nombre, por tantos títulos digno de Medina y Corella, con aquella Casa, que en momentos de apuro, custodió, para reintegrarlas escrupulosamente, esas prendas entrañables de las que hay que desprenderse de momento, pero con el consuelo de que no se pierden para siempre; la joya valiosa, tanto más por lo que de amor y recuerdo va unido a ella, que por el valor del metal que la forma; el mantón de Manila; las arras, recuerdos de días de dicha, y que en momentos de apuro, esos momentos en los que la deuda, el pago de un plazo y simplemente la necesidad de comer, hace que metalmente se haga inventario de lo que se puede dejar en prenda para salir de un ahogo económico, del fantasma de la carestía. Por eso, me parece muy bien que se conserve el nombre de "Monte de Piedad", aunque para el pueblo quede la incógnita, de saber quién era el señor Medina y cómo pudo hacer tanta cosa.

Yo quiero recordar, juntamente con la importancia que tiene y ha tenido siempre la obra social del Monte, quiero recordar aquí,

a los más modestos beneficiarios de su obra benéfica, que son muchas gentes anónimas y que, por no tener otro relieve que precisamente el de su modestia, no figuran aquí, ni pueden figurar nominalmente; yo quiero evocar, como si fuera un cuadro de narrativa realista, la escena de tanta pobre persona, que por necesidad, tuvo que empeñar, tuvo que acudir a la institución benéfica, que lo libraba de las maniobras de la usura. Nadie quiere ser pobre, y mucho menos parecerlo, y menos aún proclamarlo. Hay o había, las cosas han variado tanto, un innato pudor, una resistencia invencible a manifestar la escasez, a declarar la pobreza. Bien es verdad que, por las convenciones sociales de hace años, la indumentaria obligaba a estar en público, vestido con atuendo que no fuera indicativo de una situación, económica deficiente y así, las gentes modestas, echaban mano de todos los recursos, para mantener a toda costa un decoroso exterior, que muchas veces no era, sino un mentiroso y triste disfraz de la realidad. Por este mismo concepto de la decorosa pobreza, empeñar era una operación un tanto silenciada, y las gentes, que por la imperiosa necesidad de la vida, acudían al Monte a depositar una prenda, procuraban cubrirla si su tamaño lo requería pudorosamente con alguna tela, y llegar hasta el establecimiento, buscando el evitar el encuentro con personas conocidas. Empeñar, era algo honesto, digno y necesario, pero a nadie gustaba pregonar la carestía y alardear de pobre.

Y aquí está precisamente, el motivo de elogio del Monte como institución social como algo muy humano, que en momentos de apuro estaba dispuesto al préstamo inmediato, al urgente amparo. El valor y la importancia de una obra social, no se debe medir solamente por un hecho señero que, incorporado por la obra de un día a la historia de una ciudad quede, marcando un hito en los anales de la colectividad. Bien haya si así se hace, pero la labor silente y callada de todos los días, de todos los años, de muchos años, va dejando un sedimento difícil de borrar. Cuando un nombre benéfico va pasando de padres a hijos, de unos a otros, de generación en generación, este nombre responde a una realidad, este nombre está avalado por la garantía de muchas gentes.

Yo sé, como lo saben los cordobeses, que el Monte de Piedad realiza una labor de la cual es sólo una muestra, el renovado empeño, puesto en favorecer la cultura con tan generosa esplendidez, como han ido poniendo de manifiesto mis compañeros de corporación en las intervenciones que habéis conocido. También se puede y se debe hablar de como el "Monte de Piedad y Caja de Ahorros de Córdoba", potencia el esfuerzo de los que se afanan en la empresa, en la agricultura, en la industria y en el comercio. Y no, por haberme detenido en esta evocación, en traer a la memoria a aquellos que encontraron en el Monte, la manera de solucionar de momento, su problema, con la papeleta de empeño, no hemos de silenciar la gran obra de esta institución en el campo de las atenciones a la infancia, a la vejez, a la sanidad y al recreo de los que entregaron los más y mejores años de su vida, a trabajar por todos. Pero, permitidme

que me quede, contemplando la fila, a veces casi interminable, de personas que acudían a la más grata operación inversa, a desempeñar sus prendas, porque algún generoso donante, a veces el Monte mismo, reintegraba a su dueños gratuitamente, los objetos empeñados. Sigo pensando en que la popularidad del Monte está en el servicio al pueblo, en el empeño, en el pequeño préstamo, en lo inmediato, en lo cordial.

José M^a ORTIZ JUAREZ

AHORRO Y POESIA

En el verso
diverso
que nace cada día,
fluye el correr del tiempo
que la vida no agota,
y la dulce Poesía,
pacientemente brota
del recuerdo, en la nota
de la melancolía.

Todo un gran magistral
fue don Félix Romero:
predicador señero
del Cabildo, en su Iglesia Catedral.
Sacerdote de ejemplo
y de alma extraordinaria,
yo solía ayudarle en su misa diaria,
cuando el alba rasgaba las penumbras del templo.

Era en la Compañía
y en el retablo-altar,
donde, bella, lucía
una pequeña Virgen del Pilar.

Y, lo mismo que un pacto
en claras condiciones se precisa,
siempre, después del acto
de su devota misa,
con palabras de halago
animaba, constante,
a aquél que entonces era su monago
y hoy, con más años, lo tenéis delante.

Pasó el tiempo...